

ESPORA

MICROFICCIÓN POESÍA ENSAYO CUENTO RESEÑA

NO.
14



“

Estoy en medio de ese canto, en medio
del invierno que rueda por las calles,
estoy en medio de los bebedores,
con los ojos abiertos hacia olvidados sitios,
o recordando en delirante luto,
o durmiendo en cenizas derribado.

"ESTATUTO DEL VINO",
RESIDENCIA EN LA TIERRA, PABLO NERUDA

CARTA EDITORIAL

...

Hallamos estas voces en cafés, bares y salones. Se empeñan en recopilar conversaciones, aparecen en medio de alguna confesión amortajada.

Nos parece de valor señalar la pérdida. Pérdida de un sentido de lo sagrado, pérdida frente a los desbarates del olvido, pérdida de un padre, un brazo, de genitales.

¿A dónde llevan esos encuentros verbales? A la falta y el desconcierto. Esta ausencia transforma a los protagonistas, logran configurarse ante lo demás. La decoloración de un brazo y la reflexión sobre la mortalidad se convierten en conciencia irónica, en un baile arrítmico entre vivos y muertos.

Los editores

DIRECTORIO

Editor responsable

Clemencia Corte Velasco

Editores responsables de este número

Carla Laura de la Hidalga Jiménez
Eric Josué Ibarra Monterroso
Montserrat Flores Castelán

Consejo Editorial

Carla Laura de la Hidalga Jiménez
Eric Josué Ibarra Monterroso
Marielo Regina Polo Chávez
Montserrat Flores Castelán
Paula Stefany Hernández Gándara

Dirección de diseño

Marysol Fuentes Silva
Melissa Ybarra Ocadiz

Diseño

Ana Belén Ahuatzí Pinillo
César Godínez Bolaños
Deniss Carolina Sánchez Escalante
Diana Laura Mendoza Delgadillo
Laura Andrea Gómez Mendoza
Lilia Alejandra Linares Tochiuitl
Paulina Quiroz Arroyo

Comunicación

Eric Josué Ibarra Monterroso
Fabiola Lucía Fuentes Morales
Guadalupe González
Paula Stefany Hernández Gándara
Rebeca Emelina Ruiz Martell

Colaboradores

Brayan Alexis Chaparro
Marcelo López Marán
María Elizabeth Nuño
Marta Sanuy
Mayi Eloísa Martínez
Miguel Ángel Flores Hernández
Nahum Rodríguez Naude
Sergio Santillán

Portada:

Fotografía:

Mariana Melissa Ybarra Ocadiz
Marysol Fuentes Silva

Modelo:

Deniss Carolina Sánchez Escalante

Edición:

Mariana Melissa Ybarra Ocadiz

ESFORA, Año 2, No. 14, agosto a septiembre, es una publicación mensual editada por la Universidad de las Américas Puebla a través de la Escuela de Artes y Humanidades. Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, San Andrés Cholula, Puebla, México, 72810, tel. 222 2292000, www.espora.udlap.mx, esporarevista@gmail.com. Editora responsable: Clemencia Corte Velasco. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo no. 04-2016-102014364800-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: Carla Laura de la Hidalga Jiménez, Eric Josué Ibarra Monterroso y Montserrat Flores Castelán, Ex hacienda Santa Catarina Mártir s/n, 72810, San Andrés Cholula, Puebla, México. Fecha de última modificación: jueves 5 de Octubre 2017. Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, del contenido de la presente obra, sin contar con autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor. Los artículos, así como su contenido, su estilo y las opiniones expresadas en ellos, son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de la UDLAP.

ESFORA

NÚMERO 14

ÍNDICE

- 6** El día que mi padre me hizo bailar
Nahum Rodríguez Naude
- 10** Los locos incautos
Marcelo López Marán
- 11** Poemas en tránsito
Mayi Eloísa Martínez
- 13** Romper berdaches
Sergio Santillán
- 19** Acúsome, padre
Miguel Ángel Flores Hernández
- 20** La señora Bovary
Marta Sanuy
Reseña
- 22** Tiempos modernos
Brayan Alexis Chaparro Sandoval
- 23** Los habitantes del bar
Marcelo López Marán
- 26** Religión o misterio en
“Lanchitas” de Roa Bárcena
María Elizabeth Nuño Plascencia

El día que mi padre me hizo bailar

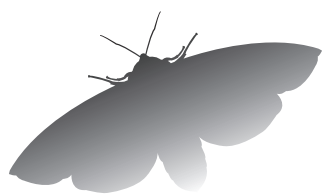
Nahum Rodríguez Naude

Jalisco, México

f: Nahum Rodríguez

Sé, con toda seguridad, que nadie beberá agua o café en el funeral. No los beberán porque contienen veneno. Porque sé, con más seguridad, que las cosas que hay en una funeraria están plagadas de esa última verdad que es la muerte. La gente va a un funeral y saluda, abraza, y algunos, que se sientan en sillones lejanos al muerto, se ríen, lejos para no molestar a los que sí lloran; pero también guardo la certeza de que si mi madre sale del salón donde está el cajón que contiene lo que queda de mi padre, las gentes felices del funeral se callarán y esbozarán una mueca de compasión y comprensión, arqueando el lado izquierdo de su labio, haciendo más voluptuosos esos labios. Mi madre no los verá bien y ella irá por más café, porque ella quiere probar la muerte, porque ella qué sabe de la vida sin mi padre.

Yo tampoco sé mucho de la vida sin un padre porque lo tuve muy cerca. Demasiado presente. Conozco uno de los resultados de su muerte: tendré que acercarme a mi hermana y secarle una de las tantas lágrimas que sacarán sus ojitos cuando vea el cuerpo, seco y blanco, por el cuadrado que dejan amablemente los fabricantes de ataúdes. Ella me dirá que no, pero la abrazaré fuerte y la obligaré a que me deje secarle sus ojos. Iré por más papel para dejarlo en su mano y ella lo haga por sí misma, aprenda a secarse los ojitos; ese es el primer paso para su independencia, para que sepa que nuestro padre no era el único que tenía las manos listas para soportarnos y secarnos las lágrimas que provocan la vida y la muerte, de otros, claro es. Saldré a fumarme un cigarro y me toparé con mis tíos, que me abrazarán creyendo que necesito un abrazo y sólo haré con la cabeza un movimiento que se figure a un "sí" y me alejaré poco a poco. Poco a poco para darles a entender que lo único que necesito es no estar.



Parece que conozco todo a la perfección, pero no es así, he ido a pocos funerales en mi vida y ninguno se diferencia mucho de otro. La seguridad me ahoga sabiendo que, tendré que hacer yo los trámites con el gerente de la funeraria, lugar donde los vivos van a cerciorarse de que están vivos, de que no son los que están en el cajón. Cuando ven al muerto lloran o suspiran, los dos son de gusto y tranquilidad, respectivamente, por no estar pálidos y acostados para siempre; porque uno se imagina que cuando se muera habrá algo más allá, o se imagina a la gente llorando alrededor del cajón, se imagina lo que sufrirán los demás; también se llega a fantasear con la idea de que si uno muere en un accidente, cómo será la reacción de la familia justo en el momento en que le avisen que uno murió de forma pronta y que por obvias razones, no se pudo despedir ni quedar en paz. Habrá muchas oraciones para que mi padre vaya derecho a Dios y no lo paren en el purgatorio, pero fue buen hombre, así que si hay un más allá, y teniendo en cuenta las horas que lleva de muerto, supongo que debe estar allá, aunque por mi ignorancia en cuestiones de tierra y cielo y su distancia, no sé realmente cuánto se haga de aquí para allá, pero faltan cinco horas para que lleven el cuerpo y su envoltura a donde la gente no beberá café.

Otro cigarro más antes de salir del hotel donde me hospedé, y al que llegué sin reservación, gracias a la repentina muerte que tocó en casa de mis padres y preguntó específicamente por mi padre. Se lo llevó y no me dio tiempo, porque a casa de mis padres ni loco que llego, digo, para mí es como regresar a momentos felices y tristes que hay que dejar ahí, que no se deben volver a vivir y que es imposible volver a vivir. Entonces, ¿para qué regresar? Para qué quedarme ahí dos o tres días que durará todo esto. Porque no estoy tan demente para quedarme dos semanas escuchando llantos de mi madre y de mi hermana; volver a ver álbumes familiares, ver vacío el sitio donde mi padre se sentaba a leer el periódico cada puta mañana; no quiero ver la silla del comedor vacía y que mi madre, todavía negando, se atreva a servir un plato más y colocarlo ahí aunque él ya no esté; yo me levantaré y quitaré ese plato, afirmándole egoístamente a mi madre que ya no está. Ella gritará y llorará, la tendré que abrazar, mi hermana se levantará llorando y se irá a su cuarto. Minutos más tarde le gritaré que traiga alcohol para reanimar a mi mamá que casi se desmaya, que se desvanece y se borra, que parece que se va, que los ojos miran el techo y, antes de ponerle algodón con alcohol cerca de la nariz, ella retira mi mano y voltea al lugar de la silla donde estaría mi padre sentado, comiendo, sonriendo y hablando de las noticias absurdas del periódico. Ella lo verá, sonreirá y con mis gritos la traeré de vuelta a donde estamos, a la casa, silla y sillón vacíos. Mi madre volverá a la cama sin él.

Enfermo suena todo eso; así fue cuando mis padres nos avisaron a mi hermana y a mí que se divorciarían, yo 19 y ella 13. Papá se fue y quise irme con él, no pude, no me dejó. Me dijo que yo no tenía que hacer nada, que las cosas cambiarían pero que yo, en poco tiempo, tendría que enfrentarme a cosas peores que la vida nos propone. No le entendía, a los 19 uno cree que las peores cosas son no traer cincuenta pesos en la bolsa para unos cigarros. Cuando me fui de casa a otro estado, a vivir esas maldades que mi padre decía que la vida me impondría, las viví, pero las viví porque mi padre me lo había dicho. Un cuarto en una casa de asistencia, un trabajo dando mi opinión sobre libros en un periódico, comida hecha y vendida en la planta baja. Las vicisitudes de las que habló mi padre no eran referentes al hambre o a la falta de dinero, ni tampoco a mojarte con la lluvia y resfriarte al día siguiente; de lo que hablaba mi padre era de la soledad, de esa inmundada amiga de la muerte que te acaricia y no quieres soltarla; parece una mujer que te toca para encenderte: te besa, te acaricia la pantorrilla, detrás de la rodillas, te muerde el muslo, y sus uñas, despacio, llegan a tu ingle. Ya no puedes decirle que no, ya no puedes detenerte porque su boca se ha puesto en tu boca. Hacer el amor con la soledad es bonito, y la única forma de salir de ahí es encontrar a alguien real, porque esa imagen de la soledad, como todo, enfada. Se necesita otra cosa. Eso le pasó a mi padre, regresó a casa un año después del supuesto divorcio. Mi madre lo aceptó porque sus soledades eran las mismas. Era un destino en común: vivir sin el otro para darse cuenta que la boca de la soledad te da más sed de otra boca.

Yo beberé café, me gusta el café. Beberé té en caso de que no haya café, pero como mi padre era un excelente previsor y su funeral lo arregló hace mucho tiempo, estoy seguro de que habrá café. El día de hoy me ahorca la seguridad. Compré tres cervezas en el bar del hotel, me tomo la tercera mientras escucho hablar a una mujer por celular. Está enojada y me aturde, su voz es chillona, tiene cabello negro y un lunar en la mejilla izquierda, que es la parte de su cara que veo; extraño es ver esa mitad, esperar a que volteé y mientras espero, estar en la incertidumbre de no saber cómo es la otra mitad, no saber si hay otro lunar, una cicatriz. Tal vez esté tuerta, tal vez tenga una deformidad de nacimiento o una quemada; tal vez tenga veintinueve años, veintinueve y medio, veintinueve tres cuartos, veintinueve y un cuarto, y agradezco a Dios haberme mandado a ese hotel porque tengo un cuarto y la mujer se ha ido a coger conmigo. Esa habitación donde mis ganas han mandado mucho a la chingada a la cama y la he penetrado en la taza del baño, en la regadera, en la alfombra y justo detrás de la puerta de entrada. Un cigarro después de hacer el amor, para tranquilizarme y confirmar que no hay deformidad en la otra mitad de la cara que se esconde por vergüenza de haber besado, y algo más, a un desconocido conocido en un bar de un hotel justo a las tres de la tarde, me pregunta cómo me llamo. Le respondo que en dos horas me voy al funeral de mi padre, sonrío. Haber hecho el amor antes me ayudará a soportar a la puta gente. No fue hoy la soledad la que mordió mi ingle.



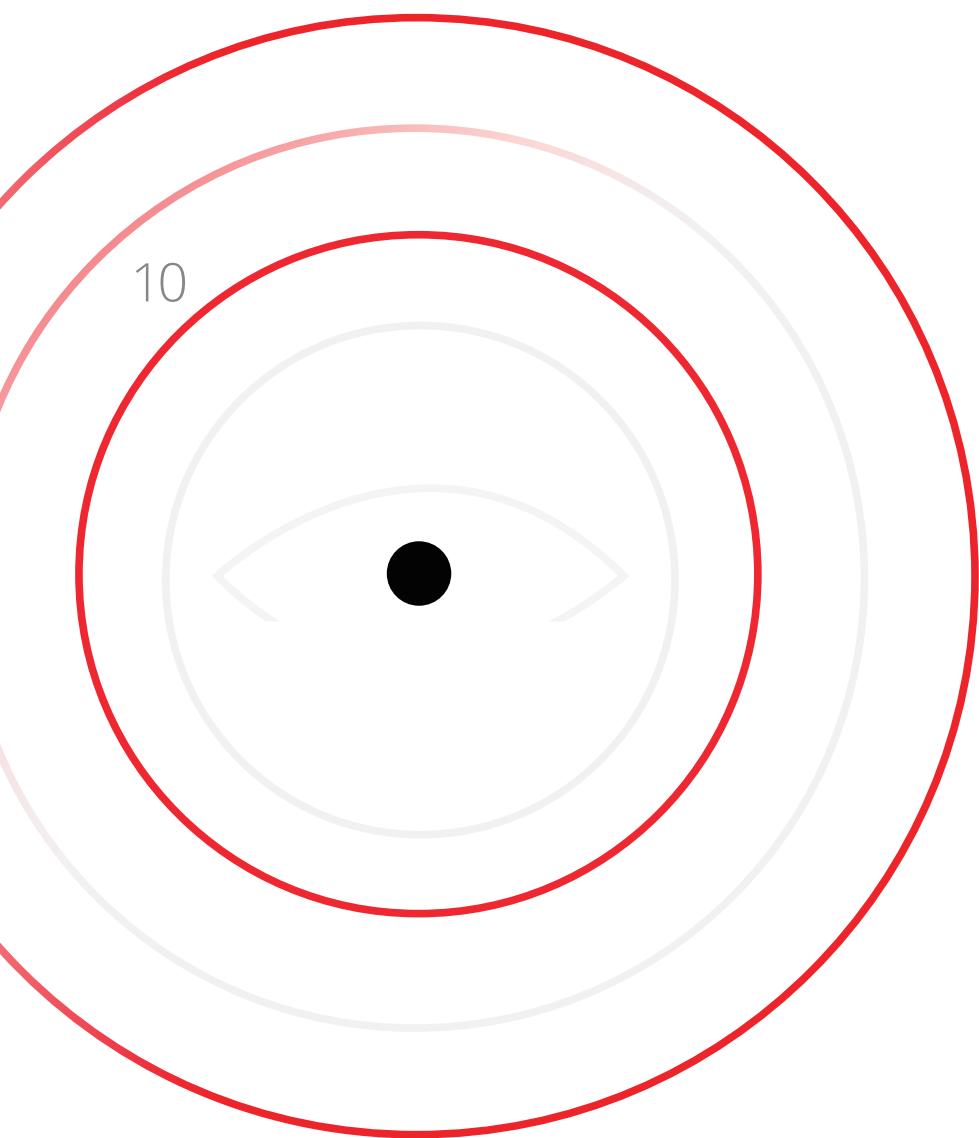


Se ha ido, me dijo "adiós" y le respondí "adiós". Me tendré que bañar de nuevo porque no puedo oler a sexo en el funeral de mi padre. Qué bueno que no llegué a casa de mis padres, de mi madre... cómo peleabas, papá, que esa era tu casa y que ahí se respetaría hasta el más mínimo pedazo de regla que tú mismo rompías. Como eran tus reglas tenías el derecho de romperlas, de hacerlas trizas cuando se te ocurría, de romperlas en nuestras caras con tu mano abierta en las mejillas de mi hermana y las mías, cuando vociferabas que era tu casa. Ya no es tuya, es de mi mamá y aún tengo mi habitación, mis cosas y ropa. Está tu cara por todas partes, está mi hermana corriendo por las escaleras, está mi trompeta y hay muchos libros que no me llevé, ¿ya ves?, hoy es más mía que tuya, a menos que mi madre considere lo contrario por el desazón (o molestia) que ha dejado tu muerte. Esos festejos funerarios hacen que me duela la cabeza, y en el taxi ya me empieza a doler; las cuatro, cinco, seis o siete cervezas empiezan a bajar, por eso tomaré café. Después de los treinta ya nada es igual. Después de ver a mamá abrazada a tu cajón nada es igual. Viejo cabrón, ni muerto te suelta y ni muerto la dejas de hacer llorar.

Está frío el café, sabe a veneno y mi hermana me ha manchado la camisa cuando me ha abrazado repentinamente llorando... no traigo el pañuelo con el que le secaría las lágrimas. Mi madre no ha notado mi llegada. Voy al baño por papel y me topo conmigo en el espejo, me veo y veo a mi padre, reflejado sobre mí; miro mis ojos, sus ojos, no lo soporto; miro la frente gastada y las canas en mi barba, veo sus arrugas, mis labios resecos. Estamos en silencio. Me realizo con su mirada. Me siento vivo porque no soy yo el que está en el cajón. Un cigarro en el baño. Pongo mi mano derecha extendida debajo de nuestro ombligo y mi brazo izquierdo se alza con la mano abierta... un dos, un dos, un dos, cierro los ojos para no verme... un dos, un dos, adelante y atrás, adelante y atrás, un dos, bailo y bailo. El tiempo no me importa porque bailo.

Marcelo López Marán
Ciudad de Corrientes, Argentina
f: Marcelo López Marán

Los Locos Incautos



Conocí una banda de incautos, cuya personalidad se basaba en su falta de filosofía: «Si te mantenés activo, no tenés tiempo de andar pensando en pavadas». Y moviéndose a montones, recorrían los diversos días pugnando por alguna aventura, algún desafío que los pusiese en equilibrio con su existencia. Una turba mancomunada, escasa en monedas mas profusa en integridad. Un proyecto de grupo no proclive al escarmiento, sí a la segunda chance.

«Yo conocí sus andanzas, sus desvelos y sus castigos. Pues yo era parte.»

Una buena de tantas:

Había un parque, un sistema de diversiones que algunos aseguran hoy todavía se consigue. Situados los muchachos en este punto, cabía apenas una redada de ideas geniales, un desbarate mecánico, una competencia modesta, para que alguno se sintiese conmovido a la acción: la fija era el tiro al blanco y un premio impostergable: un cilindro blanco, de ésos con tabaco; si no mejor, un paquete de ellos. Quién apunta, quién lo baja al pato aquél. Hay uno afinado en pulso, ajustado en puntería. Es la colecta un negocio legal: monedas más monedas construyen un turno: es el turno de El Abuelo.

La muñeca inmóvil, el ojo letal.

Sean seis patos, sean seis cadáveres de madera.

Los locos por ahí, aún incautos, amontonados en el banco, fumándose los mejores tiempos.

No hubo tiempos mejores. No los han sabido inventar.

Y El Abuelo por acá, resistiendo al olvido, sabotando su nombre, homenajando su propia leyenda:

«Y viera, hijo qué puntería. Sí señor. Qué puntería.»

Mayi Eloísa Martínez

Santiago, Chile

f: Mayi Eloisa



POEMAS EN TRÁNSITO



11

Animal exótico

Creía en la penetración anal como medida preventiva
Se llamaba animal exótico
Y la conversación siempre la empezaba hablando de la espuma de la cerveza
Diciéndole “la amarga belleza”
Reía
Provocaba aplausos
Prefería las peleas
Decía que enamorado tomaba menos
Que se ponía a pensar en la muerte
Constantemente
Le gustaba meter su dedo en su ombligo
Y darle vueltas
Muchas vueltas
Hasta que ardía tanto que creía que se rompería
Pero no se rompía
Esa era una de sus soluciones a la vida
Soportar el ardor
Desearía ser un animal exótico.



Metamorfosis

Taquicardia
La lejanía me dice hola
Y yo callo
Aún no saludo a nadie
Taquicardia
El dispositivo me muestra la vida de los demás seres
No tengo qué decir
Se permuta el movimiento de mis manos
Los ojos me son inútiles
Taquicardia
El día es rítmico y ruidoso
No sé qué espero
Tengo palabras fósiles
Pesadas en mí
Taquicardia
Déjenme en cama
Quiero chupar teta
Y llorar hasta que me carguen
Me cambien
Y me envuelvan en mantas.



Romper X berdaches

Sergio Santillán

Puebla, México

f: / T01spartan

Parte I: Primer momento

I: El DJ.
40 y 20,
40 y 20,
*Es el amor lo que importa
y no lo que diga la gente*

Las palabras salen de la boca de un joven, van del micrófono a la bocina, flotan en el aire y atraviesan los audífonos de un chico.

40 y 20
40 y 20
*Toma mi mano
Camina conmigo
Mirando de frente*

Dos pares de ojos colisionan: los de una mujer tomada del brazo de un hombre y los del niño de doce años desesperado.

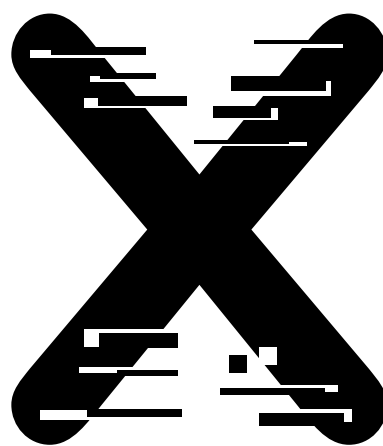
–Si te aburres, sal un rato.

Afuera, recargado en una pared, el chico ve el suelo. Entonces, sale uno de los jóvenes de la banda a fumar un cigarro. Inhala.

–¿No deberías estar adentro? –pregunta el niño.

–Nah. Yo nada más pongo las pistas, no toco ni canto ni nada y ahorita no me necesitan, lo que van a tocar ya se lo saben.

El chico no entiende bien. No hace más que mirarlo: los jeans rotos y la camiseta negra estampada. Sus ojos ruedan por ese cuerpo, de los tenis blancos hasta el cabello. Hay partes en las que se estancan, como en los dedos curtidos que sostienen el cigarro, o los labios suaves y redondos donde pone la colilla. Por fin se pegan al otro par de ojos. El joven observa de nuevo al chico. Comienzan a charlar.



II: Reflexiones sobre el tiempo

Un niño afuera de un salón de fiestas está pensando en números.

¿Qué son seis años sino una graduación? O más bien, lo que dura una fiesta de graduación. Seis años son necesarios para graduarte y de ahí en seis años estarás pidiéndole matrimonio a tu novia, y en seis años estarán teniendo hijos, y seis años son tan cortos que igual y te mueres antes de ver a esos hijos. Y luego, bastan seis años para que tu viuda tenga un nuevo novio y sean padrinos de un graduado. Porque, la verdad, a eso se reduce todo, a un instante, una nada: seis años. Seis años son tanto como una canción de José José, o un vals de graduación, o la lectura de un texto de biología en la escuela. O sea, al final, seis años pueden durar mucho o poco, dependiendo, porque cuando uno se lo propone...

-¿Qué haces, niño?

-Oye, y tú, ¿cuántos años tienes?

-18, ¿tú?

-12 -mira el suelo, se queda pensando durante seis años- No me llevas mucho, ¿eh?

-Supongo que no -dice, mientras apaga la colilla de su último cigarrillo-. Bueno, tengo que regresar. Nos vemos ahorita, ¿va?

-Sí.

El niño entra detrás de él y se reencuentra con su madre. La ve feliz, sonriendo, abrazada de aquel hombre. Piensa que él quizá también necesita un abrazo.

En ese instante se le caen los genitales y se van corriendo.

Parte II: La búsqueda

I.

Tenía 15 años y estaba en el salón con mis amigos. El eco repetía su discurso de siempre: la tarea difícil, el videojuego de ayer, la canción que había que escuchar.

Una voz destacó y me tocó el hombro con el dedo. Las demás voces también voltearon y me miraron.

Las bocas se convirtieron en oídos y mi sangre en sal.

-Ve we -dijo Rodrigo mostrando su celular y riéndose- es la Pebles.

A la Pebles le tomaron una foto por debajo de la falda.

-¿A poco no te la dabas?



Entonces todos tomaron sus penes con las manos y los agitaron en el aire, como vitoreando. Gritaban y reían. Se lo aventaban unos a otros, se golpeaban con él.

Los demás contestaron antes que yo.

Cuando se movieron mis cuerdas vocales, sentí cuánta falta me hacían mis genitales perdidos.

II.

He buscado en todas partes:
las faldas de mis compañeras,
los nudillos ensangrentados,
los tatuajes falsos y las navajas robadas,
pornografía pirata y fotos de contrabando,

una cartilla militar y una academia de kick-boxing.

No los encuentro.

Una vez hice un anuncio:

"Se busca pene, responde al nombre de Sergi(o) y es".

Pero no supe cómo describirlo,

llevo tanto sin verlo
que ya no lo recuerdo.

<http://fav.me/dbksb8h>

Parte III: Digitalidad

I:

Las pantallas digitales son como los espejos. Reflejan la imagen que contienen las neuronas. Se accede al cerebelo a través de un código informático y se digitaliza todo. Cuando te muestran un celular, no ves lo que es, sino, lo que se crees que es.

```
_SUBJECT:REFLECT_:Ana_  
_SUBJECT:REFLECT:condition_(retina sin-  
cera;subjetiva)
```

```
_SUB:REFLECT_:<<result:  
"Rodrigo_//novia"  
"Ricardo_//sí"  
"Manuel_//vagina"  
"Iván_//erección;objeto;objetivo;objeción;sangre_salada"  
"Sergio_//una chica vestida de negro añorando a su madre
```

II:

Ana lloraba como reprimiéndose, agazapada en una silla al lado de una veladora y un ramo de flores. Tenía cinco años. Era la primera vez que Sergio la veía. Mientras



su madre abrazaba a la abuela de Ana, él se le acercó para hablar. Después de un rato, ella lo miró con una sonrisa chiquita, pero agradecida. Se veían todas las tardes desde entonces.

`_translate_condition_<<sin(gender)_polar(-gender)>>`
`_translation:_`

Sergio ríe como reprimiéndose, agazapado en una banca al lado de voces y penes flotantes. Tiene quince años. Es la primera vez que ve una vagina. Mientras Ricardo le pega a Manuel, Rodrigo se le acerca hablar. Después de un rato, lo ve con una sonrisa chiquita, pero fingida. No puede ver a la Pebles desde entonces.

III:
`_fall.moments.exe:_fall_//conditions`
`fall_if//_ballerinas_tacones_ON`
`fall_if//_football.sport_fail`
`fall_if//_cigarrate.smoke_fail`
`fall_if//_pebles.photo_NOTSEND`
`fall_if//_acusarte.bullying_starts`
`fall_if//_ladygaga_like`

`fall_if//_no te agarras a la salida con alguien`
`fall_if//_no sabes usar el machete`
`fall_if//_llamas a la policia y pides que dejen a Ana en paz`
`FAIL//:_PROCESS_DENIED: Iván pasa a verte mientras miras Mary Poppins`

Parte IV: Empatía

Se dice que uno no puede ser feminista si no es mujer. Se dice porque es más fácil comprender la dificultad de ser mujer cuando, valga la obviedad, eres mujer. Me refiero a que en realidad no puedes entender la petición de salarios equitativos si nunca te han pagado menos por ser lo que eres. De igual forma, no considerarías aquellos piropos como un halago si sintieras el miedo que da cuando te lo grita un desconocido y tú vas sola por la calle. No puedes, en suma, darte cuenta de la necesidad de protección a un grupo en vulnerabilidad cuando no has vivido esa vulnerabilidad. Al final, todo es cuestión de empatía. Quizá dejarían de publicar y mandar la foto de Ana si alguna vez hubieran estado en la misma situación. Es por eso que yo hice la llamada: porque yo sí soy empático.



Parte V: Mary Poppins

Todo se fragmenta y se rompe. Imágenes, anuncios, genitales, textos. Como un error informático que se cuelga en las neuronas, una fractura $\Rightarrow \leftarrow \Rightarrow \leftarrow \Rightarrow \leftarrow \Rightarrow \leftarrow$ que viene y va y dispersa las partículas por el suelo, una tajada en el tiempo y en la física que hace 0101010001 que la realidad se transforme. Las rupturas licuefacionan la eternidad y el cuerpo $\times \checkmark \cdot \times$ CUILONTLI $\odot \times \odot \dots$. Son un golpe a la verdad transfigurada 0Be0rDA1C0he1, un eco ácido que permuta en luz y quema la piel, desbarata huesos y derrite órganos. A los 10 años, la realidad se transforma $\nu\alpha\kappa\nu\sigma\delta\omicron\iota\omicron$ en un líquido fotosensible color azul neón: Mary Poppins recorriendo el cuerpo de tu hermano en forma de serpiente. Es 6 años MaYoR que tú y en 6 minutos creará una ruptura en la que llevas 6 milenios atrapado. Las rupturas desgarran las realidades, las serpientes cósmicas y el cuerpo. se abren tus piernas hasta separarse de tu cadera, la cadera se queda partida en dos. Luego sientes la marcha venérea sobre tu espalda, la voz rota por el miedo y fractalizada en el aire, brillante como espejo. Ves

tu cuerpo fractal reflejado en los retazos de tu voz flotante: la anomalía te ha alcanzado. Ahora tienes las extremidades desdobladas: tus piernas están en tus orejas 00100010101010 tus orejas en tus rodillas tus ojos en tus pies 00100010101010 tus brazos en tu muslos 00100010101010 tu estómago en la cadera 00100010101010 la cadera en la pecho y el pene en la garganta 01110011 01100001 01101110 01100111 01110010 01100101 01110110 01101001 01101111 01101100 01100101 01101110 01100011 01101001 01100001 01110010 01110101 01110000 01110100 01110101 01110010 01100001 01100100 01101111 01101100 01101111 01110010 01110000 01100101 01101110 01100101 01110100 01110010 01100001 01100011 10110011 01101110 01101100 01101100 01100001 01101110 01110100 01101111 01100010 01100101 01110010 01100100 01100001 01100011 01101000 01100101 01110011 01100001 01101110 01100111 01110010 01100101 01101110 01101001 01101111 01101100 01100101 01101110 01100011 01101001 01100001 01110010 01110101 01110010 01100001 01100100 01101111 01101100 01101111 01110010 01110000 01100101 01110010 01110000 01100100 01101111 01101100 01101111 01110010 01110000 01100101 01101110 01100101 01110100 01110011 01100001 01101110 01100111

01110010 01100101 01110110 01101001 01101111 01101100 01100101
01101110 01100011 01101001 01100001 01110010 01110101 01110000
01110100 01110101 01110010 01100001 01100100 01101111 01101100
01101111 01110010 01110000 01100101 01101110 01100101 01110100
01110010 01100001 01100011 01101001 11000011 10110011 01101110
01101100 01101100 01100001 01101110 01110100 01101111 01100010
01100101 01110010 01100100 01100001 01100011 01101000 01100101
01110011 01100001 01101110 01100111 01110010 01100101 01110110
01101001 01101111 01101100 01100101 01101110 01100011 01101001
01100001 01110010 01110101 01110000 01110100 01110101 01110010
01100001 01100100 01101111 01101100 01101111 **http://fav.me/dbks-**
kdr 01110010 01110000 01100101 01101110 01100101 01110100 01110011
01100001 01101110 01100111 01110010 01100101 01110110 01101001
01101111 01101100 01100101 01101110 01100011 01101001 01100001
01110010 01110101 01110000 01110100 01110101 01110010 01100001
01100100 01101111 01101100 01101111 01110010 01110000 01100101
01101110 01100101 01110100 01110010 01100001 01100011 01101001
11000011 10110011 01101110 01101100 01101100 01100001 01101110
01110100 01101111 01100010 01100101 01110010 01100100 01100001
01100011 01101000 01100101 01110011 01100001 01101110 01100111
01110010 01100101 01110110 01101001 01101111 01101100 01100101
01101110 01100011 01101001 01100001 01110010 01110101 01110000
01110100 01110101 01110010 01100001 01100100 01101111 01101100
01101111 01110010 01110000 01100101 01101110 01100101 01110100 01011

ACÚSOME, PADRE

Miguel Ángel Flores Hernández
Jalisco, México
t: @florhez

Acúsome, padre, de que yo no quería venir, me mandaron.

Era un jueves, o viernes, o sábado, o domingo, pero no un lunes: los lunes son sagrados. Salí de misa de ocho. Acúsome, padre, que tampoco quería ir a misa, me mandaron.

Ni me pregunte de qué trató el evangelio. Estaba concentrado, nomás viendo a ver de qué material era el rosario, que, María, madre del creador enredaba en sus manos de porcelana. Saqué mi pachita con aguardiente y le daba unos sorbotes, como si bebiendo, encontrara respuesta a mi pregunta rota.

Era mucho oro, padre. O al menos eso parecía.

Acúsome, padre, de ser pobre y ambicioso. Entre trago y trago, pensaba que, si se vendieran y se repartieran todas las cosas ostentosas de la parroquia, bien podrían comer por un mes todos los del pueblo, o mejor aún; si yo las vendía y no las repartía, podría beber como rico por un año.

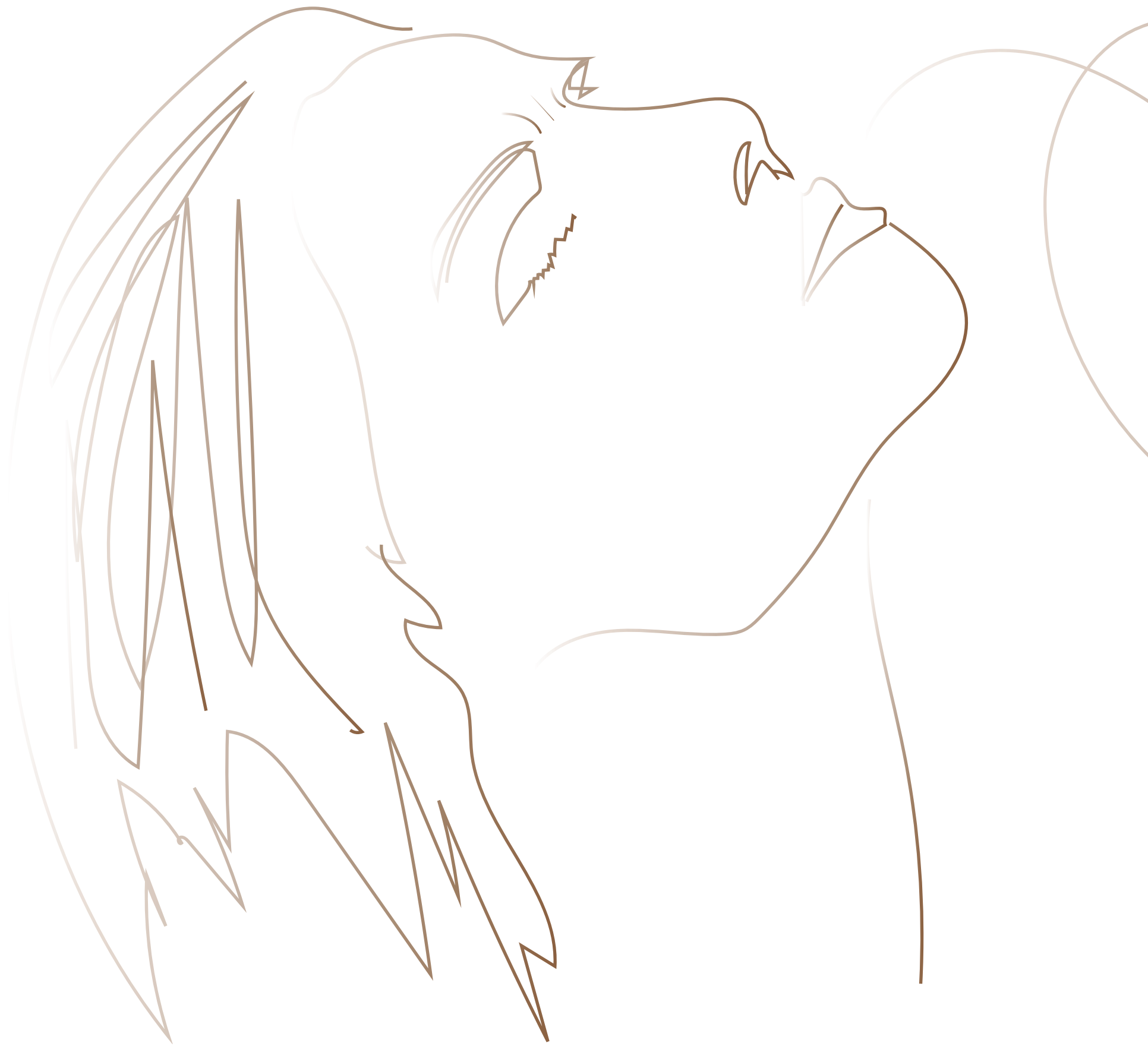
Esperé a que todos se fueran. Yo como sacristán tenía llaves de todo. Al primero que saqué fue a San Juditas. Y así, poco a poco, el desfile de santitos iba de la parroquia a mi casa.

Acúsome, padre, de ser mal cargador: sin querer se me cayó San Ignacio de Loyola, ya casi para salir al atrio. Ahí fue cuando usted, padre, salió bien envalentonado a querer regañarme. No me dejó más opción que clavarle mi navaja en su panza, ni gritó, padre, nomás como que se le salió el alma.

Y mírenos aquí, padre. Usted todo tirado en el suelo, y yo con mis santitos, confesándome. Yo no quería venir, padre, me mandaron, los pensamientos esos, padre, los que no se callan.



Marta Sanuy
Puebla, México





La señora Bovary

Flaubert leyó a sus amigos con más criterio, Maxime Du Camp y Louis Romain, Las tentaciones de San Antonio durante tres días y, cuando terminó, vio entre la ronquera sus gestos torcidos. La génesis de Madame Bovary fue este estruendoso fracaso.

“Has trazado un ángulo cuyas líneas divergentes se pierden en el espacio; has convertido la gota de agua en torrente, el torrente en río, el río en lago, el lago en océano y el océano en diluvio; te anegas, anegas a tus personajes, anegas el asunto, anegas al lector y se anega la obra”, le dijeron. Y el consejo fue que, dada su natural complejidad, eligiera la próxima vez un tema sencillo. Bien disgustado, Flaubert se fue de viaje. Recorrió Oriente con Du Camp pese a que éste había condenado su San Antonio a las llamas, y volvió un año después a su encierro con un propósito firme y una historia clara. Una no, dos, dos que fundió porque se parecían: la primera procedía de un recorte del periódico, la otra de un recuerdo de infancia. Algunos años después les decía a sus consejeros: “Me habéis operado el cáncer lírico: mucho me dolió pero era hora de extirparlo”.

Y así nació Emma. Nunca le dio Gustave la importancia que el personaje hubiera deseado. El desapego de su autor fue el peor fracaso

de la Bovary, el más dramático. Por los alrededores habrá unas veinte Emma Bovary, le decía a Louise Colet en una carta. Lo importante no era Emma y lo que le sucedía, lo importante no eran el personaje y la historia, lo importante era el lenguaje. El reto de hacer buena literatura con los tópicos más chatos, de documentar la necedad, el no pensamiento, de forzar la mirada y girar un poco el caleidoscopio verbal, lo justo para que viésemos que debajo del teatro, del gesto, de un acuerdo de sonámbulos con un lenguaje narcotizado, no había nada.

La relectura de Madame Bovary produce continuas ganas “de llegar a”. A la boda de Emma y Charles, para reencontrar a los invitados dibujando una cinta de colores en un camino árido. A una de las escenas eróticas más intensas y escuetas de la literatura: el traqueteo sobre adoquines de una calesa con las cortinas corridas que atraviesa París impulsada por una sola palabra: sigue. Y a la feria, al entrecruzado línea a línea de la más roma retórica de seducción (Rodolphe sabe que cuanto más se exagera menos verdad alberga la parafernalia amorosa), con las frases del pregonero desde el escenario. Y cómo no, a la escena en la que Flaubert está más cerca de juzgar a la señora Bovary, cuando ella ambiciona convertir a su marido en cirujano con catastróficas consecuencias.

Para conseguir contarnos tan bien una historia, que en principio no le interesaba demasiado, Flaubert utilizó muchas estrategias. Quizá las que más me satisfacen como lectora son dos de sus predilectas: la cosificación, la reducción a arquetipos y el animismo: da a los objetos la vida que les quita a los personajes. Un gorro, una calesa y una sombrilla son capaces de emitir sentidos. Un farmacéutico, un seductor y una suegra repiten y repiten fórmulas.

Emma era también un Quijote, pero más triste, un molde en el que se habían vertido demasiadas novelas de impecables decorados y frases soñadas. Nunca es un engaño rentable diseñar la vida por adelantado y luego rellenarla con la cera caliente de la insatisfacción. El drama de Emma es que es incapaz de producir su propio discurso, vive poseída por el más alienado de lo amoroso, un lenguaje vacío, el simulacro verbal de sentimientos que, además, pierden su efectividad erótica con la repetición. Para ella todo lo que es inmenso pronto se convierte en diminuto. No en vano inaugura el consumo como calmante para su ansiedad ininterrumpida.

Cuando decidí releer esta novela para escribir esta reseña me propuse una aventura: recopilar lo que otros dijeron. Pero es una tarea infinita y esto es una reseña. La edición de Alba, estupendamente traducida, tiene la originalidad de traducir esta versión un poco más y la titula La señora Bovary.

Brayan Alexis Chaparro Sandoval

Quito, Ecuador

f: Brayan Chaparro

TIEMPOS MODERNOS

Estos tiempos son cadáveres, cenizas y partículas
de un poema maltrecho:
penden del verso final,
bucean con la palabra ignota,
revuelven la rima desgastada
y se esconden en la sílaba nauseabunda.

Estos tiempos de ángeles que lloran fuego y de bestiarios
sepultados,
profanan la memoria de los días,
siembran el infortunio en las ideas,
atormentan con la fuerza de las horas invisibles
y persisten en suicidarse como los pájaros de Bruselas.

El jinete azul de la incertidumbre cabalga sobre el futuro,
pero desconoce la circularidad de la historia.
Estamos atados, absolutamente atados.
No hay salida del vórtice de estos tiempos,
porque son la aversión de la existencia,
el mutismo de un orbe desgarrado,
la gangrena del ser etéreo.
Sus ladridos nacen de la ruptura,
propinan el golpe que hace trizas la madrugada.
Y no trascienden en los hechos,
garabatean los días sin alcanzar una minúscula forma.

Estos tiempos taladran la sensibilidad,
extirpan los últimos síntomas del sufrimiento.
Solo dejan un poco de humanidad agusanada
para que deteriore las partes,
para que consuma la lava orgánica
que fluye en las cavidades del cuerpo amortajado.

La esencia de estos tiempos habita en el clímax
de una supernova orgásmica,
en el gemido de la realidad absurda.

Estos tiempos conviven con las ciudades
que se desarman en llamaradas,
garabatean su autorretrato carbonizado por el sol,
llenan de enfisemas el aire que fenece en el desierto,
son la moribunda voz que habla desde la boca del infierno.



Marcelo López Marán

Ciudad de Corrientes, Argentina f: /marxscell

LOS HABITANTES DEL BAR

Las penumbras del bar arrimaban un poco de calor en aquellas rondas de invierno: algo peculiar evidenciaba cada trago en El Mariscal, como el misterio de una secta apartada del ser humano. Cada martes o viernes, la esquina de Salta y Pellegrini nos amuchaba en alcohol, nos apretaba con canciones de garganta exigida, nos alentaba a brindarnos con cada vaso olvidado como nosotros: simples sombras de murmullo inabarcable y de risa igualadora; y todos los fantasmas del misticismo fomentando en cada una de nuestras miserias, en todas nuestras horas adjudicadas al demonio, en cada punto ciego patrullando nuestra hermandad.

Y una noche de miércoles, conocimos a don Hipólito, con su bolso exhausto, sus zapatos descosidos, y la sed genuina de los desterrados ineludibles: un personaje total. Lo tentamos con una ginebra y se nos unió sin protestar. Y al tenerlo en nuestra mesa, consideramos una obligación desafiarlo a cualquier historieta, aunque más no fuese una biografía esencial. El hombre vaciló: la tos infaltable, el rodeo de manos, la mirada lineal. Mas cuando selló la vista en el vidrio y persignó su espíritu, no nos quedó otra, más que dejarnos enroscar en su ilusión.

—Yo vengo de las zonas altas, allá donde la luz se pierde por espantadiza. Lugares en los que la sola presencia humana causa estupor y recelo. En mis pagos, nadie se acostumbra a nadie. Nunca. Ni siquiera a su propia sombra. ¡Qué se puede esperar de una negada aldea india, de la que se decía era capaz de trabar amistad con el mismo diablo! Un poblado donde la mejor actividad estaba dada por las curiosas misas de los jueves. Porque cuando llegaban los ancianos obispos...

—No nos irá a decir que eran partidarios de misas negras, don.

—Negras... como una especie de insecto... —rió don Hipólito. A grandes carcajadas. Mas luego, ante nuestras risotadas, mantuvo la postura. Y quién sabe por qué, se pareció demasiado a un sabio profesor. Callamos, avergonzados por un tácito esfuerzo de ubicación.

—Decía, jóvenes, que mi región era un dibujo: troncos gruesos como bosques, se encargaban de darnos hogar. Un puñado de viviendas, separado por flacos riachos de agua verde... ¡Pero verde esmeralda, eh! Nadie, fuera de nuestra sangre, podría sobrevivir en esas condiciones. Hasta nuestra subsistencia estaba limitada por la soledad. Yo no veía otra cara, mas que la cara de mis padres. Y mi mejor amigo, era un rojo saltamontes que solía visitar mis paredes.

(¿Y los obispos, don Hipólito? Bah, déjelo estar).





»Y una vez, llegaron los visitantes. Imagínense el revuelo que ocasionó la irrupción del circo en la ciudad. Un circo belga, si bien no recuerdo. A veces, es tan difícil no recordar... no sé si me entienden. Era... sí, era como hoy recordamos a los circos. ¡Un circo! ¡Sí, señor! ¿Entienden lo que eso significa?

»De pronto así, una luz de vida se apoderó de aquellas tierras. Todavía los veo, patente... y cómo mis hermanos huyeron, como vaporizados, a esconderse detrás del gallinero. ¡Tanto temor injustificado! Ellos no eran más extraños que nosotros para ellos. Pero eran buenos tipos: comerciantes al palo, pero muy tratables. Yo me animé a estudiarlos un poco cuando me incitaron a enamorar a la chica contorsionista...

—¿Y ahí cómo anduvimos, don Hipo?

—Nada. Una mina muy retorcida. Pero, sírvanme otro vaso y déjenme continuar.

»Entonces, me confesaron su intención de quedarse hasta siempre, maravillados por la quietud de muerte. Pero con tal escasez de público, era lógico que su espectáculo tendiera al fracaso: hubo dos funciones, o cinco... Nadie se acercó, siquiera en huellas, a la carpa apollada. Para mi gente, esos tipos semitransparentes que hablaban largo, no podían venir menos que del espacio. Y su nido servía como cocina donde se amasaban a las víctimas del caso. Hasta los ancianos obispos se mostraban reacios, tan amigos ellos de lo oscuro. ¿Qué les parece eso?

»Y una noche, el circo se fue como había venido. Y yo, joven rebelde, me fui con ellos. Creo que mis tres brazos representaban un número suficiente como para ser tenido en cuenta; para alentar su morbo, yo era un fenómeno más. Y, ¿les cuento algo? Me sentí mucho más a gusto que en mis tierras. El único que constituyó una pérdida para mí fue Rodolfo, mi rojo saltamontes. No obstante, algún día volveré por él.

»¿Que cómo perdí el tercer brazo? Me lo comió un león. ¡Palabra! Mas yo no me hice mala sangre, porque cualquiera sabe que un brazo sabe cómo regenerarse. Es cuestión de paciencia. Pero el león... ¡Pobre bicho! Esa misma tarde comenzó a correr como poseído, envuelto en terribles convulsiones. Anduvo por toda la carpa, vomitando sangre, tendones y uñas con suciedad... ¡Ah! Pero esa es otra historia.

»Una historia extraña, en verdad.

—Pero, don Hipólito, lo que dice no tiene sentido.

—Tal vez... pero para un viejo mutante como yo, que ha amanecido bajo los cielos más incontables, la historia de un león que gusta de comer carne de brazo, puede ser merecedora de otro trago, uno más, el final.

—Vamos, don Hipo. Usted sabe a cuál nos referimos.

—Ah..., ¿la del circo? Bueno, muchachos... en verdad, me atraparon. Nunca fui con ellos. Me dijeron que a lo mejor más adelante, cuando creciera... Además, habrán notado ya que nunca perdí el brazo. A lo sumo me lo olvidó en algún que otro rincón. Ustedes saben, mi memoria no es tan fresca como antes. Pero, ¿qué importancia tiene? Afuera llueve vacío y el viento te sabotea el alma. ¿Qué más da un mitómano más entre tantas botellas de alcohol?

Y esa noche poco hospitalaria, don Hipólito se quedó entre nosotros, alentado por el trago fácil y la pitada amistosa, mientras la alta hora de un lunes nos iba justificando con recuerdos de niñez y juventud. Luego, fue el turno de partir. Y allá fue don Hipólito, con su promesa de volver alguna otra madrugada, con su sed adulterada, su bolso exhausto y sus zapatos descosidos. Mas nosotros ya jamás fuimos los que solíamos ser. Porque si algo nos dejó ese viejo loco, ese algo fue la convicción de que la vida tiene un sentido en las cosas que nos sorprenden, aunque viniesen en la forma de una voz que en cualquier lugar tuviera la necesidad de alguna cosa por decir, de alguna historia por no callar.

Porque siempre se aprende algo, hasta del más fallado.

A don Hipólito nunca más lo volvimos a ver. Sin embargo, no me cabe la resignación. Y aún sentado a la misma mesa de martes, aún desafinando las mismas canciones de sábado, aún esperando por otros inviernos de cualquier día, aún espero cada noche por sus pasos destartados, por verlo empujarse desde las tormentas contra las puertas invictas del bar, sentándose a cambiar un vaso por un relato. El más extraordinario que pudiese impostarnos su imaginación. En El Mariscal, todo sigue más o menos como antes. Mis amigos parecen haberse acostumbrado a su ausencia. Pero a mí me preocupa un poco, pues su brazo se está poniendo algo morado.



Religión y misterio en *Lanchitas* de Roa Bárcena

María Elizabeth Nuño Plascencia

Jalisco, México

f: Mariely Nuño

La literatura mexicana del siglo XIX tuvo una amplia producción. El medio más recurrente para publicar fueron los diarios por entregas. Tal es el caso de *Lanchitas*, un cuento de José María Roa Bárcena publicado entre el 7 y 9 de octubre de 1877 en el Diario Político, Religioso, Científico y Literario "La Voz de México". Este era un periódico del partido conservador y su editor fue Ignacio Aguilar y Marocho.

José María Roa Bárcena fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y tuvo una vasta producción literaria que abarca los géneros como poesía, cuento y novela. *Lanchitas* es el nombre que eligió para titular uno de sus cuentos. Un título corto, una sola palabra que, en lo personal, me remitió al diminutivo plural del sustantivo lanchas. Al leer el título del cuento pensé que la historia se desarrollaría en un ambiente acuático, pero me equivoqué. En la primera línea del cuento, el narrador nos deja claro que con "Lanchitas" no se refiere a lo que yo pensé, sino que es el diminutivo de Lanzas, el apellido de nuestro protagonista: "Un sacerdote muy conocido en casi todos los círculos de nuestra sociedad".

El cuento está narrado por un personaje ex periodista que escuchó la historia de Lanchitas muchos años atrás, y nos la presenta porque producía en él una gran inquietud y una profunda reflexión.

En cuanto a la estructura podemos decir que el cuento se divide en 3 partes que he decidido llamarlas: presentación, anécdota y misterio. En la primera parte, la de la presentación, el narrador nos introduce al sacerdote Lanzas. Él no era un sacerdote común sino que estaba más instruido, no sólo en teología, también en filosofía, ciencias naturales, lenguas antiguas y modernas. Acostumbraba leer a Voltaire, Rousseau y Spinoza; tenía especial apego por estos pensadores porque le interesaba comprender por qué atacaban a la religión.

En la segunda parte del cuento, el de la anécdota, el narrador comienza a contar una historia que le contaron sobre cómo fue la transformación de Lanchitas. El ambiente es en la época de 1820 a 1830, una noche oscura, fría y lluviosa. El sacerdote estaba en una reunión para jugar cartas cuando una mujer harapienta le pide que la acompañe a confesar a un moribundo. El sacerdote se deja guiar por la mujer y llegan a un cuartito oscuro donde se encontraba el hombre a punto de fallecer. Lanzas, en un primer momento, pensó que el enfermo ya estaba muerto; pero el que parecía muerto comenzó a rezar la oración de la penitencia y le confesó sus pecados. Los terribles pecados del moribundo dejaron en el sacerdote una especie de inquietud mezclada con asombro.

Al volver a la reunión, Lanchitas les comenta que se demoró porque fue confesar a un loco de remate. Hasta ahí la anécdota nos presenta una situación más o menos verosímil; pero a partir de este suceso se comienzan a desencadenar una serie de misterios que van a provocar un cambio radical en la vida de nuestro protagonista.

El cuento tiene inserto un intertexto; el sacerdote menciona la obra de *La devoción de la cruz* del escritor Calderón de la Barca. En esa obra dramática un personaje vuelve de la muerte sólo para recibir la confesión. El recuerdo de la obra de Calderón aunado a las similitudes de lo sucedido, comienzan a atormentar la cabeza de Lanzas.

La tercera parte del cuento, la del misterio, no se las voy a relatar pero sí les puedo decir que es el momento de mayor suspenso y, que además de causarle profundo horror al sacerdote, produjo su transformación en Lanchitas. Este hecho sobrenatural hizo que el sacerdote se volviera más humilde, manso y modesto, dispuesto a ayudar y socorrer a los moribundos por sobre todas las cosas. Cambió los libros y el estudio por un

profundo servicio con los demás. A partir de entonces dedicó su tiempo a los pobres y a los niños.

Quisiera enfatizar el aspecto religioso del cuento con una reflexión que hace el narrador: "Me pregunto si a los ojos de Dios no era Lanchitas más sabio que Lanzas, y si los que nos reímos con la narración de sus excentricidades y simplezas no estamos, en realidad, más trascordados que el pobre clérigo". Esta reflexión me hace pensar que el mundo de hoy enaltece el éxito. La vida para algunos es una constante competencia por ser los mejores; es por ello que cuando el sacerdote era Lanzas, cuando era una persona de estudios que se destacaba sobre los demás clérigos, era bien valorado y se le consideraba un hombre respetado y admirado. Por otro lado, cuando este sacerdote, esta misma persona, después de su experiencia misteriosa se vuelve un hombre servicial que ya no busca ser mejor que los demás sino hacer lo mejor para los demás y ayudar a todo aquel que lo necesite, la gente lo tachó de excéntrico, loco y trascordado.

Si nos adentramos a la anécdota bajo una mirada religiosa, Lanchitas era mejor que Lanzas. A los ojos de Dios vale más un hombre que ama a su prójimo y lo demuestra en el servicio a los demás, pero a los ojos del mundo vale más el éxito sin importar los medios por los que se consiga. Así pues, Roa Bárcena en este cuento que parecería un cuento de misterio, nos muestra que también tiene todo un trasfondo religioso que nos hace cuestionar sobre qué vale más en la vida y bajo qué ojos queremos ser juzgados.



“

Y bien, eso era todo. Aquí tiene la vida,
mírese en ella como en un espejo,
empáñela con su último suspiro.

“MONÓLOGO DEL VIEJO CON LA MUERTE”,
LA PIEZA OSCURA, ENRIQUE LIHN

ESPORA